

Diálogo Intercultural, Ciencia y Filosofía

Arnoldo Mora Rodríguez

Platón decía que la ciencia (“episteme”) no es sabiduría (“sofía”) en el sentido antiguo y oriental del término, contemplación individual, solitaria y casi mística, sino que la ciencia se construye a través del diálogo como confrontación dialéctica de opiniones. Al igual que en el caso de la democracia, la ciencia se instaure gracias a la aceptación previa del dominio de la palabra (logos); ambas, democracia y ciencia, sólo se desarrollan en el espacio o ámbito de la palabra, porque es allí donde surge lo humano. El mundo de lo humano supone la intercomunicación (Habermas), supone polos dialécticos que se enfrentan entre sí a través de y gracias a la palabra y ese tejido de relaciones interpersonales que de allí surge, es lo que define y constituye la humanidad.

Por eso, al hablar de “diálogo intercultural” en el fondo estamos haciendo un planteamiento filosófico de la más honda envergadura, nos estamos planteando la pregunta fundamental: cómo construir lo “humano” en la sociedad de hoy o, como decía el sociólogo alemán de principios de siglo XX, Tönnies, cómo pasar de la “sociedad” a la “comunidad” o, más aún como veremos al final de esta reflexión, cómo hacer que la humanidad, además de ser especie biológica, se constituya en una sola y verdadera familia.

Para eso debemos comenzar por hacer un análisis o diagnóstico muy general de la realidad actual. Todo debe comenzar con hacernos la pregunta primera y fundamental sobre dónde estamos parados en los inicios del siglo XXI. Se ha dicho con razón que no estamos en una época de cambios, sino en un cambio de época. Si esto es así cabe, entonces, preguntarse sobre cuál es la época que ha terminado y qué indicios tenemos de la época que ha comenzado, a qué parto de humanidad estamos asistiendo, pues, como decía Nietzsche, la humanidad es posible porque es el resultado del más monstruoso de los incestos, dado que somos al mismo tiempo padres e hijos de nosotros mismos, llevamos en nuestras entrañas la gestación de lo que nosotros mismos seremos. Somos gente que está embarazada de sí misma, ya que en nuestras relaciones sociales y humanas estamos construyendo la humanidad. El hombre no existe como ya dado, sino que lo hacemos, lo construimos o destruimos cada día con cada uno de nuestros actos (Sartre).

De ahí la pregunta ¿Qué tipo de humanidad está surgiendo? ¿Estamos engendrando monstruos de los que nosotros mismos somos sus progenitores y sus víctimas? ¿Qué perspectivas, qué esperanzas, qué peligros y amenazas acechan a la humanidad? La filosofía, más que



22/60 "Cognoscenti" "Monstruoso" fca 1902

Walterio Páez (Ecuador)

ofrecer respuestas, plantea interrogantes (Heidegger). La razón no es tanto la capacidad de afirmar o negar tajantemente, cuanto la capacidad de interrogar.

Ahora bien, los grandes interrogantes a que se aboca la reflexión filosófica no provienen de la intimidad de nuestras subjetividades, sino de la realidad socio-cultural y material que nos rodea y que repercute en la ruminación solitaria que caracteriza al filósofo. Cuando nos embarga la angustia existencial, pero esta es exclusivamente personal, se termina con nosotros mismos y, en última instancia, muere con nuestra propia muerte. Más si esta angustia es la expresión de una realidad que trasciende nuestra subjetividad, ya este problema no es “nuestro” sino de toda la humanidad, es problema de una época, define esa época y la tipifica. Veamos, entonces, en diagnóstico breve, lo que está pasando en el mundo actual.

A propósito de la época en que vivimos después de la Guerra Fría, es decir, en el tránsito de un siglo a otro, se habla de “postmodernidad”. De mi parte, prefiero hablar de “crisis de la modernidad”. “Crisis” en filosofía no significa problema en el sentido peyorativo del término, sino la toma de conciencia de que algo tiene límites. La razón se define por su capacidad de establecer los límites del tema de que se ocupa, con lo que ese asunto u objeto se desmitifica, se descubre en su condición de contingente o finito (Kant).

De ahí que, cuando hablamos de “crisis de la modernidad”, debemos preguntarnos cuándo comenzó la

modernidad, cuándo se dio su límite inicial o término a quo. Esto es lo que hace de la temporalidad la materia constitutiva u óptica del ser humano (Heidegger). A la pregunta sobre los orígenes de la modernidad, debemos responder que ésta comenzó con la ideología más radical que ha forjado Occidente y que los franceses llamaron "Ilustración". Se trata de una ideología con pretensiones de universalidad absoluta (los revolucionarios franceses hablan de los "derechos del hombre y del ciudadano") hasta el punto de que en los dos siglos posteriores se ha extendido al mundo entero y ha definido el ámbito de lo que se entiende por "política". En el caso concreto de nuestra Independencia, nuestros próceres se inspiraron en la ideología ilustrada hasta el punto de que, para lograr el objetivo concreto de obtener nuestra independencia de España, lo que se dio en nuestras tierras fue su incorporación al movimiento universal ilustrado con mayor o menor intensidad, lo que nos permitió forjar los estados nacionales. En Costa Rica, el déspota ilustrado por excelencia fue Braulio Carrillo, a quien se califica por esta razón como "arquitecto del Estado nacional".

Ahora bien, los ideales, la utopía, el modelo de humanidad forjado en la Ilustración, es lo que hoy está en crisis. Pero decir que está en crisis, no quiere decir que este movimiento terminó en el sentido de que se destruyó. El término "crisis" debe ser tomado en el sentido dialéctico, es decir, que agotó sus propios límites históricos o, para usar la metáfora de origen hegeliano, es como la semilla que no muere sino que, al germinar, deviene árbol.

Hoy estamos viviendo los límites de ese movimiento revolucionario que se inició hace dos siglos y que en el siglo XX ha entrado en crisis a partir del surgimiento de ideologías totalitarias, como el fascismo y el estalinismo después de la I Guerra Mundial. De modo particular, se ha hecho inocultable durante el periodo de la Guerra Fría con la descolonización del Tercer Mundo y la conformación de una Europa Unida. Esto ha llevado a la crisis del Estado Nación acentuada con la revolución científico-técnica, que ha desembocado en lo que hoy se llama "globalización".

Con ello, la identificación entre Estado y nación, que está en la base como uno de los supuestos fundamentales de la ideología ilustrada, se ha resquebrajado. Esta identificación es muy clara, sobre todo, en el principal ideólogo de la Revolución Francesa, Juan Jacobo Rousseau, quien definía la "nación" ante todo como un ente político. De ahí que la "nacionalidad" se acompañe con una serie de signos externos o símbolos de carácter político y que abarcan todos los ámbitos de la vida social: bandera, himno nacional, documentos que certifican nuestra identidad individual (cédula, pasaporte).

Sin embargo, ya desde los días en que con el Código Civil se configura el Estado Nación, los pensadores reaccionarios de Alemania (de manera particular, el segundo Fichte, o Fichte del periodo berlinés)

El presente sólo tiene sentido en la medida en que construyamos desde ya el futuro

despolitizan y, por el contrario, le inyectan una connotación de identidad cultural al concepto de nación, al darle como sustento material el concepto de "pueblo" (Volks) que corresponde a lo que podríamos calificar como "etnia".

Con la filosofía postmodernista, inspirada en la tradición irracionalista y antihegeliana (Schelling, Nietzsche, Heidegger), se vuelve a un estado étnico, cuyas trágicas consecuencias se han vivido en la primera guerra posterior a la Guerra Fría, la Guerra de los Balcanes o Guerra de Yugoslavia. La Ilustración redujo al ser humano a su condición de ciudadano. Pero con la globalización de hoy día, todos los signos que caracterizaban la nacionalidad y la soberanía del Estado nacional, tales como la moneda nacional o el pasaporte, también se vuelven obsoletos, como sucede en la Unión Europea. En nuestra América Latina se habla más y más de dolarización de las economías nacionales.

Al desaparecer los signos de nuestra identidad nacional de corte político y acentuarse una cultura cosmopolita y planetaria gracias a los medios de comunicación, los hábitos de consumo y la regionalización de los conflictos políticos, sociales y, sobre todo, militares, la pregunta sobre nuestra identidad, tanto grupal como individual, adquiere un relieve dramático. La pregunta surge porque, en primer lugar, no es posible ser hombre o mujer, ser simplemente humano, sin alguna forma de identidad, como son nuestro nombre y apellidos, nuestro lugar de nacimiento o nuestra profesión.

Pero al diluirse la identidad como caracterización político-nacional, cabe preguntarse si podría darse una humanidad sin identidad ninguna. Caso contrario, se impone el preguntarnos cuál debe ser la identidad para nuestros tiempos, para una sociedad que deja de ser culturalmente agraria y se convierte en citadina y cosmopolita. Comencemos por reconocer el desprestigio ampliamente justificado bajo muchos aspectos, de los nacionalismos. Esto ha producido las mayores catástrofes genocidas del siglo XX: las dos guerras mundiales, el fascismo y el estalinismo, las dictaduras militares de todo color y tamaño de todas las latitudes y de los más variados periodos de nuestra historia reciente. Si a esto añadimos que en el Siglo XX la humanidad adquirió un poder inmenso sobre la Naturaleza, que le ha dado el triste privilegio de tener la capacidad de autodestruirse, sea por un holocausto nuclear, sea por la destrucción paulatina pero ininterrumpida de las especies vivientes, tenemos que el siglo que acaba de terminar es el más trágico de la historia de la especie humana, pues los muertos durante ese periodo provocados por la violencia de origen humano,

Los estados nacionales deben ser pluriculturales y multiétnicos

han sido más que los provocados por causas naturales, como enfermedades o catástrofes y accidentes, esto sin contar que muchas de las catástrofes naturales (como las provocadas por el calentamiento del clima, derrumbes, accidentes y otros) tienen al propio ser humano como su principal causante.

De ahí que el optimismo de rigor de los positivistas decimonónicos y de principios del siglo XX en torno al concepto convertido en consigna, de “progreso”, actualmente con frecuencia ha sido opacado por las voces de científicos que una y otra vez alertan sobre los peligros de destrucción de la especie humana. El pesimismo se ha vuelto la tónica de rigor en más de un congreso de científicos y, en no pocas ocasiones, ha invadido igualmente los encuentros y reuniones de políticos y científicos sociales. Las crisis políticas, económicas y sociales han llevado a una crisis global de la civilización y de los valores en que ésta se funda.

Por otra parte, la universalización de los medios de comunicación ha reducido a nada las distancias en el espacio geográfico y en el tiempo en que suceden los eventos que configuran la tela de la historia. Consecuencia de ello es que, por primera vez en su historia, la humanidad es completamente contemporánea de sí misma. Ya no existe ni el pasado ni el futuro, vivimos un eterno o mejor dicho, intemporal presente, pues gracias a los medios de comunicación, nuestra presencia abarca el planeta entero.

La Guerra Fría fue la última expresión del periodo histórico de la Ilustración, pues se trataba de una guerra inspirada en razones ideológicas. Con ello se relativiza nuestra praxis histórica. Las ideologías no son más que teologías secularizadas, pues pretendían decir la última palabra sobre el destino humano sobre la tierra y su felicidad, dirigiendo todo el quehacer humano en vista de la obtención de esos fines fijados dogmáticamente dentro del marco ideológico determinado. Sin embargo, las ideologías no sólo se han resquebrajado en el Este, sino también en Occidente. Los bloques ideológico-militares de ayer se han convertido hoy en bloques de mercado. Pero la identidad que da el mercado no es tanto la de los productores, como definía Marx a la clase trabajadora, sino la de los consumidores. Parodiando a Descartes, podemos decir que en el mundo actual: “consumo, luego existo”. Con ello se reduce a los humanos a no ser más que seres pasivos que reciben dócilmente lo que les suministran las grandes transnacionales dueñas del subsuelo, del suelo y de la estratosfera, dueñas de cuerpos y conciencias, de nuestras vidas y de nuestra muerte... dueñas de todo gracias a que han hecho desaparecer lo público para privatizarlo todo, sobre todo, la praxis política.

Frente a esa globalización de los mercados, surge la reivindicación de lo particular, de lo regional, que se expresa en el papel político que se asigna a las identidades culturales. Cada vez más son los factores culturales, como la lengua, la religión, los caracteres étnicos, etc., los que caracterizan, mucho más que las expresiones o signos externos de nuestra nacionalidad, la identidad, tanto individual como grupal.

La humanidad sufre un nuevo reparto geopolítico. Los bloques ideológicos han sido sustituidos por bloques de mercado, el primero de los cuales, cronológicamente hablando, ha sido la Unión Europea, nacida del Mercado Común de finales de la década de los 50. En Oriente, China sustituye a Japón y se convierte en el gran polo asiático. Esto lleva a los Estados Unidos a conformar un bloque o zona de libre comercio en todo el continente americano mediante un tratado de libre comercio, cuya antesala es el que ahora se discute entre los pequeños países centroamericanos y la gran potencia del Norte. Pronto tendremos una zona de libre mercado que abarca desde Alaska hasta la Patagonia, el ALCA.

Si partimos del presupuesto de que nuestro aporte más significativo en nuestra historia republicana de dos siglos, fue la creación y consolidación del Estado nacional social de derecho, cabe entonces preguntarse no sin angustia sobre nuestro destino futuro como nación. ¿Qué será de Costa Rica en los próximos decenios? ¿Qué futuro nos espera? ¿Convertirnos en un “county” subdesarrollado de Texas? Por el momento, tenemos más interrogantes que respuestas, aunque sabemos que un asunto o problema bien planteado tiene ya un alto porcentaje resuelto, pues multitud de problemas se presentan en la vida porque la cuestión que los originó no ha sido debidamente visualizada. Un problema mal planteado jamás tendrá solución o respuesta. Por ende, tomar lúcidamente conciencia del mismo, nos lleva a dar los primeros pasos en el camino correcto, cualquiera que éste sea. Los grandes interrogantes colectivos no tienen soluciones individuales. Frente a su destino histórico, sólo los pueblos como entidades socio-culturales pueden dar la respuesta definitiva.

En consecuencia, sólo los costarricenses como pueblo pueden definir su propio destino. Pero nuestro pueblo se ha dado instituciones que, a manera de órganos, son las llamadas a convocar a sus voceros para expresar sus opiniones, para abrir ese diálogo sin el cual, como decía Platón, no es posible llegar a la verdad. Las universidades públicas deben convertirse en ese lugar privilegiado, en ese órgano institucional donde las voces más calificadas de nuestro pueblo expresen sus luces, sus ideas, para que nuestro pueblo tenga criterios que le permitan tomar las decisiones más acordes con su destino histórico en un momento crucial, como es el momento que hoy vivimos.

Pero no sólo frente a nosotros mismos, si bien esto debe darse en primer lugar, debemos tomar la palabra. Como parte de una humanidad que se ha convertido en sujeto, es decir, que se asume como un todo, también

debemos tomar la palabra. Lo que corresponde a la humanidad es crear las condiciones para que se construya como humanidad. Esta pregunta en torno a la humanidad de todos los pueblos dio origen a nuestra identidad americana. Planteada en forma general por Francisco de Vitoria, estuvo en el centro de la célebre controversia de Valladolid entre Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Al cuestionarse sobre la humanidad de los aborígenes de nuestra América, era la humanidad entera la que se planteaba la cuestión del universalismo ético: si todos los habitantes de la tierra, cualquiera fuera su condición o cultura, su religión o lengua, la latitud donde viven o las costumbres con que arreglan sus vidas, deben ser considerados como humanos, es decir, considerarse como sujetos de deberes y derechos.

La respuesta al interrogante que dio origen al debate de Valladolid hoy la tenemos en la aplicación de las normas contenidas en la Carta de los Derechos Humanos promulgada por las Naciones Unidas, núcleo básico de lo que deberá ser en el futuro una auténtica Constitución Política o carta magna de la humanidad, aplicada por un ente que se constituya en una especie de gobierno universal o Estado planetario. Sólo pueden ser considerados como dignos de ser llamados humanos aquellos individuos y aquellos gobiernos que se comportan de acuerdo a las normas establecidas por esta Carta. Sólo quien respeta efectivamente los derechos humanos (y de la Naturaleza) debe ser considerado digno del calificativo de humano. Quien viole este código es digno de una sanción, sea penal, sea política, sea económica, con lo cual se le da un carácter de universalidad a la citada Carta de los Derechos Humanos. Estos, por ende, deben abarcar no sólo los derechos individuales sino también los colectivos o sociales, es decir, culturales y alcanzar a la misma Naturaleza, pues la capacidad de destrucción que ha logrado el ser humano alcanza igualmente a sus propios semejantes, lo mismo que a las especies vivientes que pueblan la corteza terrestre.

Con esto el pensamiento recupera su dimensión utópica. La humanidad tiene que pensar y construir el futuro y no solamente analizar el pasado y asumir el presente. Razón científica y voluntad política deben unirse y ser fecundadas por la imaginación creadora. Las pesadillas del presente y del pasado deben convertirse en los sueños del mañana. Las lecciones del pasado y las responsabilidades del presente deben inspirar nuestros argumentos para hacer del mañana de la humanidad un motivo de esperanza del presente. Viniendo de la noche oscura de un siglo que nos ha deparado las dos únicas guerras mundiales que conoce la historia de la humanidad, los albores de este nuevo siglo deben arrojar las primeras luces de un nuevo día. Debemos hacer de esta nueva época un horizonte auroral, como preconizaba Nietzsche. Somos grávidos, estamos embarazados del mañana, el presente sólo tiene sentido en la medida en que construyamos desde ya el futuro.

Esa capacidad de pensarse como futuro, de dar prioridad a la imaginación como inspiradora de la acción y guía del análisis, es lo que define al quehacer cultural. Pero las culturas sufren de una ambigüedad que haríamos mal en ignorar. La razón universal sólo se expresa formalmente, como decía Kant, esto es, mediante normas que expresan no el ser, sino el deber-ser. La ética y el derecho son universales, son los mismos en lo fundamental para toda la humanidad; es lo que hace a la humanidad una, le da su esencia. Pero la existencia expresa no la unidad sino la diversidad. Cada cultura, como cada individuo, es única. Las culturas por definición son locales, regionales, particulares. A esto lo llamamos diversidad cultural. Las culturas están ligadas al suelo, a la tradición familiar y tribal, a la herencia étnica que tiene que ver con la historia particular de cada pueblo o grupo, con el clima, la comida, los lenguajes dialectales y coloquiales, las tradiciones y leyendas religiosas, el arte popular.

Allí radica el existir cotidiano, el día a día que nos hace sentirnos humanos, hombres y mujeres concretos. Frente a la homogeneización deshumanizante que representa la sociedad de consumo, debemos reivindicar el derecho a ser nosotros mismos, defender el derecho a la diversidad, a la alteridad, al pluralismo, el derecho a ser distintos.

Es por eso que, al mismo tiempo que debemos pensar en un gobierno universal que sea garante de la Carta de los Derechos Humanos en todo el planeta y para todos los pueblos y regímenes políticos, debemos también luchar por una transformación sustancial del Estado nación heredado de la tradición jacobina que se inspiró en la ideología ilustrada y la Revolución Francesa. Los estados nacionales deben ser pluriculturales y multiétnicos. Y esto sólo se logra con un estado descentralizado y desconcentrado, donde el poder directo de las comunidades a través de los gobiernos locales juegue un papel decisivo en la marcha cotidiana de los grupos e individuos, lo que quiere decir que debemos forjar un Estado y luchar porque así se dé en el conjunto de naciones del mundo, donde la diversidad cultural, la diversidad de lenguas y religiones, de tradiciones étnicas y raciales, sea considerada un patrimonio de la nación y de la humanidad. La democracia no es sólo el derecho a ser iguales, sino también el deber de respetar y fomentar las diferencias, un estado en donde la diversidad de lenguas, culturas y tradiciones sea considerada una riqueza a preservar, lo que sólo se logrará construyendo una democracia más participativa.

Tal es el reto que hoy nos incumbe frente a nosotros mismos y nuestra conciencia, frente a las nuevas generaciones y ante la memoria de nuestros antepasados. ■

Arnoldo Mora. Filósofo costarricense, profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional – UNA en Heredia, Costa Rica. Es autor de importantes obras en el campo de la filosofía e investigador de la cultura universal. Fue Ministro de Cultura y Deportes de Costa Rica.